

Biblioteca
REINALDO ARENAS

CELESTINO
ANTES DEL ALBA



La novela, la primera obra de Reinaldo Arenas, es la única que fue publicada en La Habana, tras haber obtenido el primer premio en un concurso nacional en el que Alejo Carpentier formaba parte del jurado. Esta primera edición cubana se agotó en una semana, pero pese a su éxito, o quizá por eso, jamás se volvió a autorizar la publicación de una obra de Arenas en Cuba. Esta prohibición se debe más al papel que Arenas jugó en la revolución cubana, a favor en un primer momento y decididamente en contra más tarde, que a la propia novela en sí, que carece de referencias al régimen de Fidel Castro, no así en obras posteriores, como en «*Otra vez el mar*». La obra de Arenas, en cualquier caso, puede ser escandalosa por motivos bien distintos a los políticos.

Reinaldo Arenas la describió como «una defensa de la libertad y de la imaginación en un mundo contaminado por la barbarie, la persecución y la ignorancia». Sólo queda añadir que son más de doscientas páginas de lo mismo: un encadenamiento de situaciones demenciales, grotescamente oníricas, más propias un infierno del Bosco que de un realismo mágico intensificado por mil. El mismo protagonista lo dice al comienzo: «Esta casa siempre ha sido un infierno».

La muerte no afecta a los personajes y sin embargo es una presencia inmensa y constante que los amenaza a cada instante. Nada más empezar la novela la madre del protagonista se arroja al pozo una y otra vez, condenada a repetir la misma muerte, y al mismo tiempo nunca llega a hacerlo. Todos los personajes de la casa de Celestino mueren en un momento u otro, y todos vuelven a la acción como si nada hubiera pasado. La muerte prácticamente queda equiparada al sueño, y despertar es entonces volver a la vida. Se encuentran en un plano difuso entre la vida y la muerte, un

mundo que se conecta con otros mundos y al que acceden seres sobrenaturales como fantasmas, brujas, duendes y otros espíritus. En uno de los momentos finales de la obra alguien dice al protagonista que está condenado a la eternidad, aunque eso es en realidad cierto desde la primera página. De cualquier otra manera no es posible concebir que estén más de cien años sin probar bocado, acostumbrados a vivir del aire.

En este infierno el elemento constante es la violencia, cuyo episodio más intenso es cuando la familia se come el cuerpo del abuelo recién muerto, como si fueran perros salvajes. Los personajes son destructivos unos con otros. En el centro de este torbellino está el abuelo, con su hacha, eternamente enfrentado a Celestino, culpable de la muerte de todos sus primos. No en vano se dice en un momento «mamá y abuelo [...] se pasan el día tratándonos de matar de veinte maneras distintas». La madre, sin embargo, tiene una doble cara, como si debajo de esa capa de violencia se escondiera una segunda madre cariñosa y comprensiva, que lleva al protagonista a pensar «yo sé que ella es buena y me quiere». El único personaje que se mantiene siempre al margen de esta violencia es Celestino. Él y su primo, que hace de narrador y de protagonista de la historia, se hacen hermano de sangre. Este narrador no se salva de la violencia, ya que está permanentemente planeando la muerte de sus abuelos. Incluso los elementos más apacibles del paisaje participan de esa violencia, y es por eso que es posible que dos pedazos de nubes choquen entre ellas y salten en pedazos que caigan sobre la casa, destruyéndola y aplastando a todos sus habitantes.

Celestino, ese personaje puro hacia el que todos proyectan su odio, podría considerarse en realidad como un álter ego de Reinaldo Arenas. Su vocación, lo único que se le da bien, es ser poeta. Escribe sin cesar en todas las superficies que encuentra, y finalmente en los troncos de los árboles.

Nada puede hacerlo despertar del trance poético en que cae cuando escribe, ni los truenos que revienten sobre su cabeza, ni el abuelo con el hacha. Aunque ninguno de los personajes sabe leer todos sospechan que hay algo perverso en la dedicación de poeta. El abuelo se dedica incansablemente a talar los árboles en los que Celestino ha escrito, y esa condición de poeta hace que sean la vergüenza de todo el vecindario. Sólo el primo de Celestino parece comprender su vocación poética, aunque tampoco sabe leer, pero tiene la capacidad de intuir lo maravilloso de su escritura. Una escritura que no acaba nunca porque nunca ha llegado a empezar de verdad.

Ante tanto surrealismo encadenado la dimensión onírica adquiere una función importantísima. Los primos dicen, en uno de sus bailes sobre el techo de la casa: «piensa menos, sueña más, y duerme». Más adelante esos mismos primos, convertidos ya en coro de niños muertos afirmarán: «Ya no sé distinguir entre lo que veo y lo que imagino ver». Las visiones son una forma de interpretar la realidad que da cierta coherencia a todo lo que ocurre en la historia. El narrador se plantea el carácter de estas visiones, que en alguna ocasión atribuye al hambre y en otras a la soledad: «A mí no me gusta vivir tan lejos de la gente, pues se pasa uno la vida entera viendo visiones. Y lo peor es que nunca se puede decir si son visiones o no lo son, porque no hay más nadie por todo este lugar. Y solamente estamos nosotros para verlas».

Pero todo lo que pueda decirse de «*Celestino antes del alba*» son tan sólo detalles entresacados de una lectura tremendamente personal. Se trata de una novela de la que es difícil decir algo y afinar en el sentido en que todo lo que ocurre es muy interpretable. Su lectura es quizá demasiado difícil, porque el sentido hay que interpretarlo de forma general. Carece de una encadenación de consecuencias y de efectos y de una secuencia verosímil, seguramente porque

su referencia no es el mundo real, sino que crea su propio mundo ficticio, con sus propias normas, tan ajenas a nuestro mundo real que necesariamente tienen que chocar. Un libro que no dejará indiferente a nadie, un libro que se odia, tanto como se odia a Celestino —también por lo incomprendible de su escritura—, o se ama. Al fin y al cabo, una buena dosis de surrealismo en vena, muy necesaria para el mundo pragmático y lógico que nos ha tocado vivir. Un reto para cualquier lector en cada una de sus páginas.

Para Maricela Cordovez,
la muchacha más linda del mundo.

Pero ninguno se atrevía a mirarlo a la
cara,
porque era semejante a la de los án-
geles.

(OSCAR WILDE, extraído de su cuento *El joven rey*).

Amanecerá en mis párpados apreta-
dos.

(JORGE LUIS BORGES).

Dichosos los que nacen mariposas
O tienen luz de luna en su vestido.
¡Dichosos los que cortan la rosa
Y recogen el trigo!

¡Dichosos los que dudan de la Muer-
te
Teniendo Paraíso,

Y el aire que recorre lo que quiere
Seguro de infinito!

Dichosos los gloriosos y los fuertes,
Los que jamás fueron compadecidos,
Los que bendijo y sonrió triunfante
El hermano Francisco.

Pasamos mucha pena.
Cruzamos los caminos.
Quisiéramos saber lo que nos hablan
Los álamos del río.

(FEDERICO GARCÍA LORCA).

PRÓLOGO

Las múltiples ediciones piratas de esta novela y las numerosas erratas y distorsiones sufridas por su texto han motivado al autor a hacer una versión definitiva de ella. Ésta es, pues, la primera edición corregida, revisada y autorizada por el propio autor^[1]. *Celestino antes del alba* obtuvo en 1965 en La Habana la primera mención en el concurso nacional de novela ante un jurado encabezado por Alejo Carpentier. La edición cubana se agotó en una semana, pero nunca más fue autorizada allí una nueva publicación. La novela es una defensa de la libertad y de la imaginación en un mundo conminado por la barbarie, la persecución y la ignorancia.

Celestino antes del alba inicia el ciclo de una *pentagonía* que comienza con la infancia del poeta narrador en un medio primitivo y ahistórico; continúa con la adolescencia del personaje durante la dictadura batistiana y precastrista —*El palacio de las blanquísimas mofetas*—; sigue con su obra central, *Otra vez el mar*, que abarca todo el proceso revolucionario cubano desde 1958 hasta 1970, la estalinización del mismo y el fin de una esperanza creadora; prosigue con *El color del verano*, novela que termina en 1999, en medio de un carnaval alucinante y multitudinario en que la juventud toma numerosas embajadas y la misma Isla, desasida de su plataforma, parte hacia lo desconocido. La novela revela las peripecias de un dictador enloquecido y la vida subterránea de la juventud cubana; una juventud desgarrada, erotizada y rebelde. La *pentagonía* culmina con *El*

asalto, suerte de árida fábula sobre el futuro de la humanidad, tal vez el libro más cruel escrito en este siglo. En todo este ciclo furioso, monumental y único, narrado por un autor-testigo, aunque el protagonista perece en cada obra, vuelve a renacer en la siguiente con distinto nombre pero con igual objetivo y rebeldía: cantar el horror y la vida de la gente. Permanece así en medio de una época convulsionada y terrible, como tabla de salvación y esperanza, la intransigencia del hombre —creador, poeta, rebelde— contra todos los postulados represivos que intentan fulminarlo. Aunque el poeta perezca, el testimonio de la escritura que deja es testimonio de su triunfo ante la represión y el crimen. Triunfo que ennoblece y a la vez es patrimonio del género humano.

REINALDO ARENAS, 1982.

Mi madre acaba de salir corriendo de la casa. Y como una loca iba gritando que se tiraría al pozo. Veo a mi madre en el fondo del pozo. La veo flotar sobre las aguas verdosas y llenas de hojarasca. Y salgo corriendo hacia el patio, donde se encuentra el pozo, con su brocal casi cayéndose, hecho de palos de almácigo.

Corriendo llego y me asomo. Pero, como siempre: solamente estoy yo allá abajo. Yo desde abajo, reflejándome arriba. Yo, que desaparezco con sólo tirarle un escupitajo a las aguas verduscas.

Madre mía, ésta no es la primera vez que me engañas: todos los días dices que te vas a tirar de cabeza al pozo, y nada. Nunca lo haces. Crees que me vas a tener como un loco, dando carreras de la casa al pozo y del pozo a la casa. No. Ya estoy cansado. No te tires si no quieres. Pero tampoco digas que lo vas a hacer si no lo harás.

Lloramos detrás del mayal viejo. Mi madre y yo, lloramos. Las lagartijas son muy grandes en este mayal. ¡Si tú las vieras! Las lagartijas tienen aquí distintas formas. Yo acabo de ver una con dos cabezas. Dos cabezas tiene esa lagartija que se arrastra.

La mayoría de estas lagartijas me conocen y me odian. Yo sé que me odian, y que esperan el día... «¡Cabronas!», les digo, y me seco los ojos. Entonces cojo un palo y las caigo atrás. Pero ellas saben más de la cuenta, y enseguida que me ven dejan de llorar, se meten entre las mayas, y desaparecen. La rabia que a mí me da es que yo sé que ellas me están mirando mientras yo no las puedo ver y las busco sin encontrarlas. A lo mejor se están riendo de mí.

Al fin doy con una. Le descargo el palo, y la trozo en dos. Pero se queda viva, y una mitad sale corriendo y la otra empieza a dar brincos delante de mí, como diciéndome: no creas, verraco, que a mí se me mata tan fácil.

«¡Animal!», me dice mi madre, y me tira una piedra en la cabeza. «¡Deja a las pobres lagartijas que vivan en paz!». Mi cabeza se ha abierto en dos mitades, y una ha salido corriendo. La otra se queda frente a mi madre. Bailando. Bailando. Bailando.

Bailando estamos todos ahora sobre el techo de la casa. ¡Qué de gente sobre el techo! A mí me encanta encaramarme en las pencas de guano, y siempre encuentro algún que otro nido de totises acá arriba. Yo no me como los huevos de los totises, porque dicen que siempre están podridos, y entonces lo que hago es que se los tiro a la cabeza a mi abuelo, que siempre que me ve arriba de la casa, coge la vara larga de desmochar palmas y empieza a juzgarme como si yo fuera un racimo de palmiches. Uno de los huevos se le ha reventado a mi abuelo en un ojo, y yo no sé por qué, pero a mí me parece que se ha quedado tuerto. Pero no: a ese viejo hay que sacarle los ojos con una garrocha, porque lo que tiene ahí es más duro que el fondo de una caneca.

Bailando yo solo sobre el techo. A mis primos ya los he hecho bajar y están durmiendo entre los pinos. Dentro del cercado de ladrillos blancos. Y cruces. Y cruces. Y cruces.

«Para qué tantas cruces», le pregunté a mamá el día que fuimos a ver a mis primos.

«Es para que descansen en paz y vayan al cielo», me dijo mi madre, mientras lloraba a lágrima viva y se robaba una corona fresca de una cruz más lejana. Yo arranqué entonces siete cruces y cargué con ellas bajo el brazo. Y las guardé en mi cama, para así poder descansar cuando me acostara y no sentir siquiera a los mosquitos, que aquí tienen unas digas peores que las de los alacranes.

«Estas cruces son para poder descansar», le dije a mi abuela, cuando entró en el cuarto. *Mi abuela es una mujer muy vieja*, pensé, mientras me agachaba bajo la cama. «Toma estas dos cruces para ti», le dije a abuela, dándole las cruces. Y ella cargó con todas. «Hoy hay escasez de leña», dijo. Y cuando llegó al fogón las hizo astillas y las echó en la candela.

«¡Qué has hecho con mis cruces, desgraciada!», le dije yo, y, cogiendo un pedazo de cruz encendida, le fui arriba para sacarle los ojos. Pero con esta vieja no se puede jugar, y cuando yo tomé el palo encendido, ella cogió la olla de agua hirviendo que estaba en el fogón y me la tiró arriba. Que si no me aparto ahora estuviera en carne viva. «Conmigo no juegues», dijo abuela, y luego me dio un boniato asado para que me lo comiera. Yo salí para el guaninas, con el boniato a medio comer, y allí hice un hoyo y lo enterré. Luego inventé una cruz con una mata de guanina seca, y también la enterré junto al boniato muerto.

Pero ahora debo dejar de pensar en esas cosas y ver cómo me bajo del techo sin que abuelo me ensarte con el palo. Ya sé: iré por entre las canales de zinc como si fuera un gato, y cuando él menos se lo piense, me tiro de una canal y salgo corriendo. ¡Ah, si pudiera caerle encima a mi abuelo y aplastarlo! Él es el único culpable. Él. Por eso nos reunimos aquí yo y todos mis primos. Aquí, en el techo de la casa, como lo hemos hecho ya tantas veces: tenemos que planear la forma de que abuelo se muera antes de que le llegue la hora.

Esta casa siempre ha sido un infierno. Antes de que todo el mundo se muriera ya aquí solamente se hablaba de muertos y más muertos. Y abuela era la primera en estar haciendo cruces en todos los rincones. Pero cuando las cosas se pusieron malas de verdad fue cuando a Celestino le dio por hacer poesías. ¡Pobre Celestino! Yo lo veo ahora, sentado sobre el quicio de la sala y arrancándose los brazos.

¡Pobre Celestino! Escribiendo. Escribiendo sin cesar, hasta en los respaldos de las libretas donde el abuelo anota las fechas en que salieron preñadas las vacas. En las hojas de maguey y hasta en los lomos de las yaguas, que los caballos no llegaron a tiempo para comérselas.

Escribiendo. Escribiendo. Y cuando no queda ni una hoja de maguey por enmarañar. Ni el lomo de una yagua. Ni las libretas de anotaciones del abuelo: Celestino comienza a escribir entonces en los troncos de las matas.

«Eso es mariconería», dijo mi madre cuando se enteró de la escribidera de Celestino. Y ésa fue la primera vez que se tiró al pozo.

«Antes de tener un hijo así, prefiero la muerte». Y el agua del pozo subió de nivel.

¡Qué gorda era entonces mamá! Sí que era gorda. Y el agua, al ella zambullirse, subía y subía. ¡Si tú hubieras visto!: yo fui corriendo al pozo y pude lavarme las manos en el agua, y, sin inclinarme casi, bebí, estirando un poco el cuello. Y luego empecé a beber utilizando las manos como si fueran jarros. ¡Qué fresca y qué clara estaba el agua! A mí me encanta mojarme las manos y beber en ellas. Igual que hacen los pájaros. Aunque claro, como los pájaros no tienen manos, se la toman con el pico... ¿Y si tuvieran manos y fuéramos nosotros los equivocados?... Yo no sé ni qué decir. Como las cosas en esta casa andan tan mal: yo no sé, a la verdad, ni en qué pensar. Pero, de todos modos, pienso. Pienso. Pienso... Y ya Celestino se me acerca de nuevo, con todas las yaguas escritas bajo el brazo, y los lápices de carpintería clavados en mitad del estómago.

—¡Celestino! ¡Celestino!

—¡El hijo de Carmelina se ha vuelto loco!

—¡Se ha vuelto loco! ¡Se ha vuelto loco!

—Está haciendo garabatos en los troncos de las matas.

—¡Está loco de remate!

—¡Qué vergüenza! ¡Dios mío! ¡A mí nada más me pasan estas cosas!

—¡Qué vergüenza!

Fuimos al río. Las voces de los muchachos se fueron haciendo cada vez más gritonas. A él lo sacaron del agua y le dijeron que se fuera a bañar con las mujeres. Yo salí también detrás de Celestino y entonces los muchachos me cogieron y me dieron ocho patadas contadas: cuatro en cada nalga. Yo tenía deseos de llorar. Pero él lloró también por mí.

Y nos cogió la noche en mitad del potrero. Así, de pronto, llega la noche en estos lugares. Cuando menos uno se lo imagina, nos sorprende. Nos envuelve, y luego no se va. Casi nunca aquí amanece. Aunque, desde luego, mucha gente dice que sale el sol. Yo también lo digo de vez en cuando. De vez en cuando. De vez en cuando. De...

«Que en la casa no se enteren de lo que han hecho los muchachos», me dijo Celestino, y se secó los ojos con una hoja de guayaba. Pero al llegar a la casa, ya ellos nos estaban esperando en la puerta. Nadie dijo nada. Ni media palabra. Llegamos. Entramos en el comedor y ella salió por la puerta de la cocina. Dio un grito detrás del fogón y echó a correr por todo el patio, lanzándose de nuevo al pozo... Cuando yo era más chiquito, abuela me dio una gallina y me dijo: «Síguela hasta que encuentres su nido, y no vuelvas a la casa si no traes los bolsillos llenos de huevos». Yo solté la gallina en mitad del patio. Salió corriendo. Dio tres revoloteos en el aire. Y desapareció, cacareando por entre las mayas y las espinas.

—Se me ha perdido la gallina, abuela.

—¡Desgraciado! ¡Mejor sería que te murieras!

Celestino se me acercó y me puso la mano en la cabeza. Yo estaba triste. Era la primera vez que me habían echado una maldición. Yo estaba triste y empecé a llorar. Celestino me levantó en alto, y me dijo: «Qué tontería..., debes ir acostumbándote». Yo miré entonces a Celestino y me di cuenta que él también estaba llorando, aunque trataba de disimularlo. Y entonces comprendí que él todavía no se ha-